

«La *segunda oración*, pronunciada en el año 1700, contiene que informemos al ánimo de las virtudes en consecuencia de las verdades de la mente, sobre este argumento: *Hostem hosti infesiosem infesioenque quam stultum sibi esse neminem*. Y muestra este universo como una gran ciudad, en la cual, con una ley eterna Dios condena a los necios a guerrear contra sí mismos, así concebida:

Eius legis tot sunt omnipotenti perscripta capita, quot sunt rerum omnium naturae. Caput de homine recitemus. Homo mortali corpore, aeterno animo esto. Ad duas res, verum honestumque, sive adeo Mihi uni, nascitor. Mens verum falsumque dignoscito. Sensus menti ne imponunto. Ratio vitae auspicium, ductum imperiumque habeto. Cupiditates rationi parento... Bonis animi artibus laudem sibi parato. Virtute et constantia humanam felicitatem indipiscitor. Si quis stultus, sive per malam malitiam sive per luxum sive per ignaviam sive adeo per imprudentiam, secus faxit, perduellionis reus ipse secum bellum gerito,

y se describe trágicamente esta guerra. Lugar en el que se ve abiertamente que desde este tiempo se agitaba ya en su ánimo el argumento, que luego trató, del *Dritto universale*.»

(G. Vico, «*AUTOBIOGRAFIA*», 1725)

Trad. J.M.S.F.

ORACION SEGUNDA PRONUNCIADA EL 18 DE OCTUBRE DE 1700

G. Vico

Que nadie es un enemigo más hostil y devastador para con su enemigo que el necio para consigo mismo.

Si por fortuna alguno de vosotros, habiendo abrazado con el pensamiento y la mente esta integridad de cosas, advierte que, efectivamente, todas las cosas que se contienen en el cielo, la tierra y el mar, permanecen inalterables, de acuerdo con un cierto y conocido pacto todas ellas, y que la función que a cada uno le ha sido atribuida una vez desde el origen del mundo la desempeñan, según dicen, con un curso uniforme y constante, y que aportan la utilidad perenne para la que nacieron, seguro que éste no dudará en afirmar que todas esas cosas fueron moldeadas conforme a un original eterno, y que por un plan también eterno son gobernadas. Pero si éste, en realidad, tras volverse a la especie humana con un idéntico esfuerzo de su pensamiento, aplica la agudeza de su mente en la contemplación de los propios hombres, en ocasiones notará sus afanes, no ya diversos y contrarios, sino extraños a su propia y común naturaleza y que sienten aversión por ellas; a veces aprehenderá de qué modos sorprendentes, e incluso desgraciados, cada uno de ellos, a cada instante, se hace cada vez más distinto de sí y, en el plazo de una hora, se desagrade a sí mismo; los reunirá, otras, amantes de la verdad e inmersos en errores, dotados de razón y proclives al placer, admiradores de la virtud y sumergidos en los vicios, deseosos de felicidad y cubiertos de miserias, ávidos de inmortalidad y languideciendo entremedio del ocio, del que, como de la muerte, se guarda silencio: temo no vaya a ser que incurra temerariamente en aquella impía opinión de que, debido a las perpetuas revoluciones y el desgaste de los cuerpos celestes, una cierta materia en disposición de engendrar al género humano cayó del cielo, y que ésta, esparcida fortuitamente y sembrada por las tierras al albur, produjo a los hombres sin propósito alguno. Pero a aquel que examina más correcta y profundamente este mismo hecho le parecerá por completo ajeno a la razón -por esto: porque las mentes de todos lo desdennan y rechazan con desagrado- el que las cosas inanimadas, o aún animadas pero desprovistas de razón, hayan sido hechas de acuerdo con un plan eterno

y sean gobernadas por la divina providencia, y, en cambio, estimemos que el sólo hombre, príncipe de todas las cosas creadas, para cuya utilidad engendró la naturaleza tan gran abundancia de cosas que todas las tierras y los mares todos le son accesibles y obedecen, haya nacido él mismo por azar y haya surgido para ser zarandeado de aquí para allá por los avatares de la fortuna.

Dado que esto es así y, sin embargo, sentimos en nosotros la humana naturaleza absurda y en absoluto adecuada a sí y, aún más, que se aparta de sí misma con entera aversión, resulta de ello que los antiguos, ya sean aquellos vates o bien intérpretes de la mente divina en la transmisión de los ritos sagrados y cultos iniciáticos, parece que dijeron algo de verdad cuando dijeron que nosotros nacimos para expiar las culpas por algunos crímenes cometidos por nosotros contra nosotros mismos en una vida anterior. Pues verdaderamente es un castigo, y el castigo más acerbo de todos sin duda, la vida que llevan los necios. Y no la sufren, en realidad, por aquellos delitos que imaginan los poetas teólogos, delitos que, puesto que aún no existíamos, de ningún modo podíamos cometer, sino porque actuamos contra aquella ley eterna por la que Dios Optimo Máximo fundó esta comunidad del mundo entero: porque, si todas las cosas quieren estar a salvo ellas y que lo esté la comunidad del universo mundo, que las demás criaturas sigan su propia naturaleza de cada una y que el hombre, en cambio, siga como guía la sabiduría. Tantos han sido los capítulos de esta ley prescritos por un dedo omnipotente cuantas son las naturalezas y potencialidades de las cosas. Pero recitemos aquel concepto de hombre que se acomoda a nuestro propósito: sea el hombre de cuerpo inmortal y alma eterna. Nazca para dos cosas, lo verdadero y lo honesto, y, aún más, tan sólo para mí. Conozca su mente lo verdadero y lo falso. Que no se impongan los sentidos a su mente. Tenga la razón el poder, la guía y el mando supremo de su vida. Sométanse las pasiones a la razón. No juzgue su mente sobre las cosas según la suposición, sino consciente de sí, ni su alma abrace el bien por placer, sino por la razón. Provéase de una eterna gloria de su nombre con las buenas artes del alma. Si algún necio, ya por malévolos engaño, bien por lujo o por pereza, o, más aún, por imprudencia, se conduce de modo distinto, declárese él mismo la guerra como reo de alta traición. La ley que, por consiguiente, Dios sancionó para el género humano es la sabiduría. Si aplicamos nuestra atención a los estudios de la sabiduría seguimos la naturaleza; si, en cambio, de ella nos desviamos hacia la necedad, nos apartamos de la naturaleza y obramos contra aquella ley cuya sanción nos muestra castigos tan pronto y dispuestos que la pena inmediata es el propio engaño; y para que no se demore el verdugo en encadenar a los condenados con grilletes, esposas y aros para el cuello, conducirlos al tormento y arrastrarlos con el garfio, exigen de sí mismos esta pena con una crueldad y severidad tan grandes que en el día de hoy me atrevería a proponeros lo siguiente: que nadie es un enemigo más hostil y devastador para con su enemigo que el necio para consigo mismo. Ahora a vosotros, selectísimos adolescentes que, habiendo vuelto la espalda a la necedad por vuestro natural feliz, impulsáis vuestros ánimos al estudio de la sabiduría; a vosotros, que profesáis la sabiduría, vosotros, ¡oh padres muy egregios, sin duda, por la fidelidad al deber!, vosotros también, ¡oh doctísimos predecesores en la educación!, os ruego y suplico repetidamente que no rehuséis prestarme vuestros equitativos y dispuestos oídos, a mí que voy a esforzarme singularmente en que cualquier molestia que las palabras y el estilo aporten a este discurso se alivie por la gravedad del asunto y la brevedad de su duración.

E indudablemente podría evocar, de toda la memoria de los tiempos, vergonzosos y atroces desastres de los enemigos; pero ¿cuáles son las historias de las gestas, cuáles los anales, cuáles los comentarios en los que no se encuentren expuestas así a los lectores, a lo largo de toda la obra, «muchas cosas graves de decir, penosas de soportar»? Así pues, para no extenderme en la cita de los autores, dadle forma vosotros mismos en vuestro pensamiento a la propia imagen fiera y terrible de los combates, os lo ruego. Cuando los jefes de uno y otro bando, conducidas las tropas fuera de los campamentos y dispuestas en orden de batalla, han dado la señal para la lucha, y, de repente, elevado un clamor de ambas partes, acuden corriendo feroces los hombres e irrumpen en el recién entablado combate, ¿qué odios hostiles y devastadores se excitan entonces en el corazón de cada uno? ¿Qué inexorables iras comienzan a hervir? ¿Qué furor, inquebrantable compañero de la audacia, obceca sus mentes? ¿Qué inmoderado deseo de matanza invade sus ánimos? Todos, con rostro fiero y salvaje, se amenazan mutuamente con la destrucción: cada uno busca en el enemigo con ojos ardientes un lugar abierto a la herida, ataca con mano combativa y traspasa con su arma hostil. Si los unos rechazados, retroceden, los otros los acosan; si éstos mantienen el orden en las filas, aquéllos atacan con fuerza; desordenada una fila, la otra avanza. Cuando, inmóviles y apiñados, llevan adelante el combate con firme pugna, el hombre entrega al hombre a la muerte; cuando combaten, conducida la columna en un movimiento envolvente, habiéndose sobrepasado, se infligen recíprocas derrotas; pereciendo unos, otros irrumpen de nuevo en la lucha; si algunos, agotados por el esfuerzo y las heridas, ceden ante las tropas de refuerzo, los que están aún enteros reemprenden el combate. En nada se afanan, salvo en hacer una masacre; a nada aspiran, sino a provocar estragos; tan sólo esto desean con ansia: infligir la derrota; se vuelcan por entero en causar heridas y muerte. Pero cuando la victoria se ha alcanzado, entonces se puede ver, no sin enorme horror y la mayor aflicción, a algunos de entre los vencidos, temblorosos o dispersos, darse a la fuga y ser masacrados, en medio de la huida, miserablemente; y yacer a otros, que prefirieron caer en su propio puesto, hacinados entre los montones de muertos, según los había unido a cada uno su suerte o su valor, infantes y jinetes, vencedores y vencidos, reteniendo en su rostro la fiereza de espíritu que tenían en vida. Podrías ver a unos cesar de respirar en medio del polvo putrefacto; a otros, desde el centro de la matanza, desnudando su cuello y garganta los vencedores y rogándoles encarecidamente que apuren la sangre que les queda. Pero, por el contrario, éstos, bien por el fiero deseo de vengar las ofensas insultan y profieren sarcasmos contra estos pobres afligidos, o bien saltan por encima de ellos en su avidez de recoger los despojos; y, para que no haya demora alguna les cortan las rodillas a unos, a otros los brazos, a otros en fin los dividen por la mitad, para despojarlos con mayor celeridad de sus armas y vestimentas militares. Y, efectivamente, la victoria no se acaba con la terminación de los combates, pues a continuación derivan hacia la devastación de los campos y los saqueos de las ciudades. Y, ¡oh, qué cruel y tétrica se nos manifiesta en este punto la imagen de los que se esconden, de quienes los sacan de su escondite, de los que huyen, de los que los persiguen, de quienes vigilan y de quienes irrumpen con violencia, de los feroces entre los temerosos, de los fieros entre los míseros y de los que se sienten felices por los males ajenos! Adonde quiera que vuelvas tus ojos y tu atención, todo es adverso, todo hostil: los afectados por la enfermedad, los agotados por la vejez, las matronas honestas, las nobles doncellas, los afables niños en sus

camitas, en sus aposentos, en las más íntimas habitaciones de sus hogares, eliminado todo vestigio de humanidad, permitida toda licencia, tanto de lo lícito como lo nefando, en medio del abrazo de sus padres, ante los fuegos sagrados, ante los altares, son privados de la vida, despojados de sus fortunas, desnudados de todos sus bienes.

Sin duda parecen los mayores y los más acerbos los daños, males y destrucción que las guerras suelen proporcionar y acarrear, en modo tal que cualquier persona dotada de un espíritu fuerte y robusto siente deseos de huir de horror y aflicción incluso ante su sola imagen. Pero si para alguien, tras disiparse toda la niebla que posibilite el error, refulge con más brillo el sol de la verdad y compara éstas con aquellas otras calamidades que se inflige el necio, beligerante consigo él mismo, no podrá por menos que reconocer que éstas son mayores con diferencia. Pues, en efecto, las heridas que suelen inferir los enemigos, a menudo las recibimos de los cirujanos y, sin duda, sintiéndolo nuestro ánimo más aún; las muertes que aquéllos infligen, con frecuencia, si las leyes no lo prohibiesen, se las proporcionarían a sí mismos por propia iniciativa los hombres que se hallan en un mal trance. ¿Los despojan de su ciudad? Pero los criminales, conscientes y previsores, cambian de lugar. ¿Los privan de sus fortunas? Pero los libertinos y pródigos las derrochan por lujo y por placer. ¿Les roban la libertad? Pero son hombres corruptos, que permiten ser puestos en venta para repartirse las ganancias. En cambio, muy al contrario (atended, oyentes, es asunto de importancia; estad atentos, es un asunto que os atañe), por el contrario, digo, el tonto se hace a sí mismo la guerra, no con las armas con las que hiere de punta o a tajos, sino con las que se despedaza pasando por enormes tormentos; es vencido por una fuerza más vehemente que la cual no existe ninguna; es despojado de esa ciudad que es única; es privado de aquellas fortunas que incluso los reyes ansían; es arrojado a una cárcel más dura y tenebrosa que la cual nada existe; es reducido a la esclavitud de aquella cuyo poder es el más cruel de todos.

¿Quizá pensáis, acaso, que digo maravillosamente cosas inesperadas?; no es así, así Dios me quiera bien, no es así: digo la verdad, y si alguno de éstos, un necio, estuviese aquí presente -lo que no creo-, si éste convive un poco consigo, de sí mismo podría obtener la conjetura. Las armas de los necios son las más desenfrenadas pasiones de su alma; la fuerza, por la que es vencido, la conciencia. La ciudad, de la que son despojados, el mundo; las fortunas, de las que son privados, la felicidad humana; la cárcel, en la que son arrojados, su propio cuerpo; el ama, a cuyo poder se ven sometidos, la Fortuna. Por consiguiente, mientras me extiende con un poco más de amplitud en cada una de estas cosas, os ruego, oyentes, que me oigáis con benignidad, como, sin duda, tenéis por costumbre.

Y, en efecto, tened en cuenta en primer lugar a qué acérrimos enemigos y de qué perniciosas armas pertrecha el necio contra sí mismo. Pues en aquella parte del alma que está privada de razón (para servirme de una analogía de Filón adecuada a esta cuestión), hay como dos caballos, irascible el uno, el otro concupiscente; aquél masculino, éste femenino; aquél sintiendo viva impaciencia, fogoso, inmoderado, éste débil, lánguido, perezoso; el ánimo de aquél se inclina a lo arduo y atroz, el de éste, en cambio, a lo fácil y agradable. De estos dos caballos, como de aquél de madera de los troyanos, ¡cuántos enemigos encerrados se hicieron visibles! Y así, tan pronto como la depravada avidez de algún bien aparente invade el ánimo del necio, allí surge entonces, como fuente y origen de todos los trastornos, la pasión; si el bien está muy alejado

nace el deseo; si puede ser conseguido, se levanta la esperanza; si está presente, aparece el gozo; si se le reputa tan elevado que en él no puede destacar más que uno, se hacen presentes los celos y la emulación; si unos lo tienen en abundancia y nosotros, en cambio, padecemos por su carencia, se invoca la envidia. Pero cuando nos adueñamos de un bien así efímero y falso, y, levantada la máscara, queda la cosa en sí, puesto que lo que antes parecía un bien, a continuación descubre el mal que se esconde bajo la apariencia del bien, al instante comparece como tropa de reserva el odio, contrario al amor: y, si el mal está muy distante, queda expedito el camino de la abominación y la huida; si, estando presente, nos agobia, hacen erupción la tristeza y el dolor. Y aquí, inmediatamente, el irascible apetito proporciona a la avidez una oportuna ayuda. Y, efectivamente, convoca a la ira para rechazar el mal: si piensa que puede vencerlo, arma a la audacia; si ha perdido la esperanza de vencerlo, su avidez avanza de nuevo; y si el mal es mediocre invoca al tedio, y si es muy grande, invoca también al estupor, para reducir al necio. Conducen la columna el apetito y la huida, ocupan el gozo el centro de la línea y entre las tropas auxiliares se encuentra el dolor; atacado por estos enemigos, el ánimo del tonto desea, siente temor, goza y se duele. Pero, puesto que no tiene experiencia en el arte de la vida, la sabiduría, sus votos son efímeros, sus temores vanos, «los gozos de la mente son males», sólidos son exclusivamente sus miedos. Si son adolescentes desean, sin duda, ungüentos, coronas y banquetes; pero en todos estos subyace algo amargo, que, después, perturba por completo su forma de vida. Desean de jóvenes la gloria, pero la que (buscada y alcanzada) avergüenza a los Varrones por el desastre de Cannas. De hombres desean el poder, pero el que, sin la moderación de la virtud, arrastra con el garfio a los Seyanos. De viejos desean las riquezas, pero las que (no engendradas por sus méritos) arruinan a los Crasos. Y ya estando decrepitos desean una vida longeva, para sentir las incomodidades de la vejez y ver los funerales de los suyos. Sienten miedo, sin duda, los ignorantes, pero de las cosas que no deben temerse, más que aquellas de las que los niños, en la oscuridad, suelen sentir pánico; y vuelven sus espaldas, como los enemigos a los que el polvo levantado por el arreo del ganado incita a dejar el campamento. Por ello Séneca, en una conocida metáfora los llama «niños mayúsculos»; pues tras la juventud y la vejez les queda, no la niñez, sino, lo que es más grave, la puerilidad. Pues temen que se les robe algo de honor, siendo así que éste se encuentra en realidad en quienes honran; temen que disminuya alguna parte de su patrimonio, que, en verdad, se halla entre los bienes de la Fortuna; temen que se apresure su último destino, que, repentino, es inminente si una gotita de sangre se detiene en el ventrículo izquierdo del corazón. Y realmente las alegrías de los tontos (si, en realidad, deben denominarse alegrías y no, mejor, renovaciones del dolor) ¡qué superfluas son! pues no les sigue un gozo perpetuo sino, de repente una perturbación. Y, efectivamente, esa parte del alma, que está dotada de razón y dejada a los necios, por así decir, a modo de castigo, contempla con admiración a veces el hecho de que Arquímedes, tras ser defendida su patria cuanto fue posible, por sus asombrosas máquinas, se mantuviera ocupado por la atracción de sus demostraciones geométricas enseñadas en el polvo, en medio del saqueo de Siracusa; admira el que Escipión, tras vencer a Aníbal y asolar Cartago, cambiase de muy buen grado su casita de Linterno por la ingrata Roma, y, retirado entre las letras en medio de una gran tranquilidad de espíritu, y por completo entregado a su propia virtud, se deleitase con los estudios de la sabiduría o con el recuerdo de sus muy preclaras gestas. Pues hasta tal punto es

graciosa la virtud que el aprobar lo mejor es algo que incluso los improbables tienen inculcado. Pero, ¿qué ocurre entonces? Perciben aquel gravísimo mal que el poeta deseó a los necios con su grandilocuente boca: *Que vean la virtud y se consuman porque la abandonaron.*

Porque la razón, conmovida por la hermosura de la virtud, para la que nació, se apodera de las riendas de los afectos y emociones. Pero en vano; en efecto, o es arrebatado por caballos indómitos, al igual que el homérico Héctor, o, como desconoce los límites *más allá o acá de los cuales no puede situarse lo recto*, bien, vehemente, mientras evita algunos vicios incurre en los contrarios; bien, estando en desacuerdo consigo mismo, alaba las virtudes mientras sigue los vicios. Y para no oír «tímido», lleva consigo las recompensas de los audaces, injurias y afrentas; para no oír «audaz», «teme todo lo seguro»; para no ser tenido por avaro, derrocha todo su patrimonio; para no ser considerado pródigo, se abstiene de tocar el dinero amasado como de algo sagrado y se engaña a sí mismo. Por tanto, a lo largo de toda su vida, o arde por las pasiones, o tiembla de miedo, o enloquece de placer o se consume por las cargas y preocupaciones. Por estas llamas que, debajo, le han sido colocadas, por estos arietes y manteletes que le fueron aplicados, es asaltado el ánimo del tonto. Y ¿por qué fuerza es vencido por fin? Por aquella de la que nadie puede protegerse: la conciencia de una vida pasada entre vicios. Ésta invoca las execraciones y furores que poseen y agitan al necio. ¿Os gusta verlos agitados con vuestros propios ojos? Mirad: la vida del necio es siempre ingrata, siempre inquieta, siempre está disconforme consigo y consigo lucha, siempre padece por el hastío de sí mismo y se desagrada y arrepiente de sí. Nunca tiene decidido si querer o no querer: varía a diario su juicio y se torna al opuesto; desdén lo suyo y admira lo ajeno, y de él (podría decirse), del plautino Alcésimarco: su ánimo no está allí donde ésta; está allí donde no está; siempre se enjuicia a sí mismo y se condena, siempre está afuera, nunca convive consigo; cambiando lugares nuevos, saliendo al encuentro de nuevas obligaciones, instituyendo una nueva forma de vida, iniciando esperanzas nuevas incluso a las puertas de la muerte, siempre huye de sí mismo.

¿Y de qué amplísima y bellísima ciudad son privados los necios, asaltados por tales normas y combatidos con tanta fuerza? De aquella, en verdad, que no circundan muros diseñados por el arado, sino que rodean las «llameantes murallas del cielo»; que no fue fundada por una ley mutable, sino que se rige por un derecho eterno; en la que no se celebra un culto municipal, sino que se hace accesible el cielo, templo sidéreo de Dios Optimo Máximo; cuyo teatro, las tierras, se abren; son sus termas los mares y sus estadios las vías solares. La población de esta ciudad no es común sino a Dios y los sabios; puesto que consiguen los hombres compartir su derecho no por un privilegio de príncipes, ni por los hijos, la nave o la milicia, sino por la sabiduría. En efecto (atended, por vuestra fe) el derecho, por el que esta ciudad máxima fue fundada, es la divina razón, inserta en el mundo entero y en sus partes, que, penetrándolo todo, contiene y protege al mundo. Esta (razón) se encuentra en Dios y se llama Sabiduría Divina; sólo por el sabio es conocida y se denomina sabiduría humana. Así pues, ¿Quién, sino el sabio tan sólo, que sabe reflexionar y disertar acerca de la verdad respecto de las cosas del cielo y del infierno, divinas y humanas, de todas en definitiva, puede decir: soy ciudadano del mundo, algo más grande y magnífico que decir: soy ciudadano romano? ¿Quién, sino el sabio, que conoce y conserva la ley de la naturaleza y del universo puede mostrarse a la altura del ciudadano de una comunidad tan grande? ¿qué cosa de este estado pone en común los derechos para Dios y los

hombres? La perfecta razón, con la que Dios se ocupa de todo y el sabio lo entiende todo. ¿Qué concilia las necesidades de los hombres con Dios? La Verdad, que sólo por los sabios permite ser rastreada y que versa sobre Dios, como indica el nombre griego. ¿Qué hace a los hombres semejantes a Dios? La Virtud, confiando en la cual los estoicos, hablando con excesiva soberbia del sabio y con demasiado desdén de sus dioses, instituyen aquel *paladoson*, de que una misma cosa es causa eficiente del sabio y de Dios, sin duda la virtud, no cediendo el hombre ante los dioses en ninguna otra cosa más que en la inmortalidad, que en nada afecta al vivir con rectitud. Digamos, con más propiedad, veracidad y gravedad, lo siguiente: en una sola cosa Dios nos vuelve semejantes a él, en la virtud, por la que nos hace dueños, no ya de la felicidad humana, sino incluso de la eterna, conjuntamente con los Celestiales.

De tan gran comunidad se ven privados los necios: e igualmente es necesario que se les despoje de riquezas y fortunas. -¿De cuáles?- preguntaráis. De la felicidad. Pues, indudablemente, a todos los hombres les ha sido inculcado, por naturaleza, el ansiar una vida feliz. Pero los necios, muy al contrario, huyen mientras la buscan: puesto que, siendo el punto culminante de una feliz vida la auténtica alegría, la calma incommovible, la seguridad inquebrantable, ellos se dedican a coleccionar causas de preocupaciones, y por un insidioso camino se alejan siempre, cada vez más, de aquello que buscan, y, como quienes se apresuran en el interior de un laberinto, se van enredando a sí mismos por su propia velocidad. Y entonces, ¿qué ocurre así? Pues porque les falta la perfecta virtud, esto es: la regularidad y un ritmo de vida constante a través de todos los avatares: lo que de ningún modo puede acaecer a no ser que entren en contacto con el conocimiento teórico y práctico de las cosas. En efecto, el propósito de la vida humana, y la última de las cosas dignas de ser ansiadas, entrando en posesión de la cual ninguna otra cosa buscamos o necesitamos, la única por la que, como nacida para ello, nuestra alma se consume, es saber lo cierto, consagrarse a lo recto, y en aquello contemplar y en esto imitar a Dios. Tan pronto como el sabio se desenvuelve entre estos estudios, su vida se inunda por entero de esta alegría cuyos inseparables compañeros son la tranquilidad de conciencia y la seguridad de la inocencia. Pues el conocimiento garantiza que el sabio substraiga el alma del cuerpo y conviva mucho tiempo con nuestra parte divina y mejor, y con esta otra que jumbrosa y frágil cuanto es imprescindible. Por consiguiente, indagando las causas de las cosas con su mente se encamina hacia Dios, y con estas reflexiones se deleita y nutre. Por la recta norma de vida reconoce que existen en nuestro interior la apetencia y el rechazo, la virtud y los vicios; y fuera de nosotros el cuerpo, las riquezas y la gloria; reconoce que lo que en nosotros hay es, por su naturaleza, libre y propio y que lo depositado fuera de nosotros, en cambio, es de índole servil y sometido al derecho de otro. Por ello, se adapta en forma tal que cualquier cosa, que debamos soportar por designio de Dios, de buen grado la recibe. Comprende que se halla constreñido a esta ley: tolerar lo mortal y no permitir el ser perturbado por estas cosas que no está a nuestro alcance evitar. Así pues, desde la elevada ciudadela de su mente, por decirlo así, contempla con desdén todo el reino de la Fortuna y, como la más elevada cima del Olimpo, rebasa los vientos y las nubes del los humanos azares.

El necio, despojado de tantas y tan grandes fortunas, se ve privado de la libertad incluso según el derecho de una justa guerra; libertad esta, digo, que no suele ser dada con la vara o el pñeo por los amos, sino que proporciona la sabiduría con su manumisión. A partir de aquí es

arrojado, para que se le vigile, a una estrecha mazmorra, rodeada de muchas y densas tinieblas e inmersa en horrores por todas partes. No se abre allí ni la más pequeña rendija, por la que pueda penetrar un rayo de luz; no hay a su frente ningún verdadero triunviro, ni ningún auténtico guardián junto a la puerta, que refiera de buena fe las nuevas traídas del exterior.

Creo que, indudablemente, hace tiempo ya que entendéis a qué hago alusión. La cárcel tenebrosa es el cuerpo; los triunviros, la opinión, la falsedad y el error; los guardianes, los sentidos, que en los niños son agudísimos, embotados en los viejos, y, a lo largo de toda la vida, corruptos por entero por las afecciones depravadas. Cualquier enfermedad de los nervios, cualquier vicio de los órganos, cualquier apetito o desmoronamiento los corrompe y derriba. ¿Y qué, pues? ¡De qué distintos, y, aún más, opuestos caracteres se revisten los diversos organismos de los cuerpos! La pasión, en verdad, ¡de qué sorprendentes formas distorsiona la capacidad de modelar imágenes! ¡De qué otras corrompe el odio! Quienes aman cubren de besos los vicios de sus amadas, como virtudes; quienes odian se apartan con aversión de las virtudes, como si fuesen vicios. De ahí aquellos flujos de opinión, por los que se ven zarandeados, aquellas corrientes de deseos, en los que se encuentran sumergidos, aquellos escollos de errores, contra los que se batan. Y, al no saber cuán elevados se hallan anclados los límites de las cosas e ignorar qué puede ocurrir y qué no y no teniendo la sabiduría como timón de su vida, se entregan a la Fortuna. Y mientras por ella se ven sujetos de forma crudelísima profieren lamentos así en medio del mayor dolor de espíritu: -No lo creía así; la esperanza me engañó; ignoraba que me quedase esto-.

¡Oh, con cuánta razón, corazón y pupila de los sabios, con cuánta razón, Platón, dijiste que el hombre necio es, de entre todos, el animal más feroz! Pues, ¿qué mayor ferocidad, más aún, fiereza, hay que declarar una guerra tan abominable contra sí mismo?; ¿que ser conducido bajo el yugo de la propia conciencia de uno, hora tras hora, en medio de la mayor vergüenza?; ¿que, en una ciudad tan vastísima, no tener derecho civil ninguno?; ¿que ser custodiado en una prisión tan firme, que quién es posible que la quebrante?; ¿que no refugiarse ante el altar de la sabiduría del ama más cruel? Ea, hagámoslo por fin, y tengámonos a nosotros mismos en consideración; compadezcámonos de nosotros y también con nosotros mismos estipulemos un sagrado pacto. Aquí tenemos a los feaciales, dispuestos a concluirlo; se hallan presentes para precedernos con sus palabras: sigámoslos, pues. Y obedezcamos aquella ley de la naturaleza que ordena que cada uno esté acorde consigo. Es fácil, pues es innata; y benigna, pues es natural.

(Trad. del latín por Francisco Navarro Gómez)

* * *